

PARAGUAY - LA ESPARTA DE AMERICA



Capitán RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

Primero en experimentar sistemas comunistas, puestos en práctica por Jesuitas; en dar el grito de insurgencia comu-nera y en vivir 27 años de régimen autocrático. Único país de América que ha perdido su Presidente y 4/5 partes de la población en guerra contra tres vecinos poderosos, y cuyos habitantes hablan el idioma vernáculo, convertido en lenguaje de la canción continental.

El pasado mes de mayo llegó el Paraguay al año 157 desde su día de independencia. No cabe duda de que, grande en medio de los continuos infortunios de la guerra internacional que, por dos veces en menos de un siglo, han signado sus destinos, diezmando su población en una tasa supe-

rior a las tres cuartas partes —guerra contra la triple alianza—, el Paraguay sigue orgulloso de su historia y de su raza, como que es el único país del continente que se enorgullece de hablar su idioma vernáculo y en donde treinta mil de sus habitantes son en la actualidad indígenas pertenecientes

a la raza guaraní, cuyo apareamiento dentro del crisol étnico de América, data de sesenta a setenta siglos, en el concepto de distinguidos antropólogos.

Caribes y Guaraníes.

Parece que descendientes de las tribus caribes que poblaron también una buena parte de nuestro territorio, (1) llegaron un día hasta las selvas paraguayas las tribus guaraníes, hallaron un gran río al cual dieron el nombre de Paraná —pariente del mar— en un idioma melodioso, caracterizado por su enorme fuerza de expresión, y mientras daban poder insospechado a las fuerzas místicas de la naturaleza, quisieron normar sus vidas para ser "abá eté" —hombres verdaderos— establecieron plantaciones de "avati" y "andaf" —maíz y calabaza—, recogieron de la selva para su consumo la "ka a" —yerba mate— y cortaron tacuaras —cañas del Paraguay— para reforzar sus viviendas, bajo la mirada de "Kurupí", el genio protector de los bosques y de las cosechas.

Así les encontraron los españoles cuando remontaron el Paraná, a partir del estuario del río de la Plata y fundaron a Nuestra Señora de la Asunción, un año (15 de agosto de 1537) antes de que don Gonzalo Jiménez de Quesada estableciera las primeras chozas, en la siglos más tarde nominada "Plaza de Bolívar" de Bogotá. Sobre lo que fue la ruta del Plata, para la conquista y la colonización del Para-

Dios". Por eso andan solos y no son estáticos como los caminos del hombre. Y el Paraná augusto parece hecho adrede por Dios para llegar al corazón de América, y que el corazón de América se asome a la inmensidad del océano. Por allí subieron los conquistadores en sus altos bajelos, con sal en las lonas, para fundar a Asunción; y por allí bajaron de nuevo con savia renovada, para hacer Buenos Aires. Por eso el viaje actual desde esta ciudad a la capital Paraguaya, por la ruta del Plata, tiene un hondo sentido de regresión histórica, sin proponérselo, tiene sobre el tiempo y el espacio los eslabones espirituales del símil entra la hija pródiga y la madre escuálida. Porque Asunción es ahora eso en la hoya platense: una madre escuálida fatigada de parir ciudades" (2).

Dos siglos de sistemas comunistas en América.

Hacia el sureste del Paraguay, estableció la Compañía de Jesús el territorio de reducciones o de misiones, respetando idioma y tradiciones guaraníticas. Las misiones, al igual que casi todos los acontecimientos de importancia en la vida del Paraguay, han sido punto de toque y de agitada controversia, afirmándose ya la bondad de los religiosos para con las comunidades aborígenes, ya su política doctrinera y excesivamente cruel. Las misiones llegaron a tener una población superior a los 100.000 habitantes.



Cap. RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

Las parcelas se dividían en tres sectores, pertenecientes al indígena propietario, a la comunidad y a Dios. "Tupambaé", o propiedad de Dios (3). Ese colectivismo social, económico y religioso, permitía una mayor coherencia dentro del grupo social y favorecía a huérfanos, viudas y ancianos con una efectiva cooperación. Los jesuitas también trataron de estimular la pequeña industria, especialmente en construcción de habitaciones, orfebrería y artesanía, además de difundir el cultivo de las disciplinas del espíritu, particularmente de la música, mediante la divulgación del arpa, instrumento que —al presente— constituye el alma de la música guaraní.

Algo, como lo previsto en el sueño utópico de Tomás Campanella, surgió pues, en la selva del Paraguay, naciendo así un nuevo sistema de colectividad ceñida a rígidos patrones de inequívoco contenido teocrático, que de otra parte —mucho hizo por la conservación de la raza guaraní y constituyó un experimento de comunismo— religioso durante dos siglos consecutivos, mucho antes de que Marx y

Engels dieran los basamentos filosóficos a sus doctrinas.

Una pintura vívida de la comunidad jesuítica doctrinera del Paraguay podemos apreciarla en estos renglones: "Los indios reducidos de las comunidades jesuíticas iban y volvían del trabajo diario precedidos de ricas imágenes y bandas de música que tocaban aires marciales o cánticos religiosos, mientras el labrador sudaba sobre el surco y las indias de "typoi y chumbé" —faja de algodón tejida— esparcían la simiente o recogían los blancos capullos de algodón. En todos los pueblos había pistas de baile, y en el estremecido ejercicio de este arte hallaban los conversos, olvidados de sus dioses antiguos el único regalo de su desesperanza" (4).

El sueño insurgente de los comuneros de Antequera.

La primera experiencia de autonomía política en América, le cupo en mérito histórico riguroso a don José de Antequera y Castro, quien en 1721 propició en Asunción la rebelión del pueblo contra el Virrey Reyes Balmaceda, y luego dió así explicaciones sobre el alcance de su revolución: "Cuando hubiera algo de reprehensible en mi conducta yo no habría tenido en vista más que la utilidad pública que, según las doce tablas, es la suprema Ley" (5).

Para entonces, aún no se había dicho en Francia que la autoridad radicaba en la voluntad del pueblo, ni en América habían surgido airados los protestos de Tupac Amaru ni de sus

tros comuneros del Socorro. Diez años después de la insurgencia y de haber opuesto las armas del pueblo a las del Virrey del Perú y Arzobispo de Lima, Fray Diego de Morcillo, "convicto de sedición y rebelión" se condenó a Antequera a ser decapitado, pero camino del cadalso, un motín popular contrario a la ejecución, obligó a la escolta a darle muerte a balazos. Tal fue el fin del primer ensayo de gobierno popular en tierra americana.

Don José Gaspar, el taciturno y su dictadura perpetua.

Hijo de un inmigrante, al parecer francés o portugués, y de madre paraguaya, nació en Asunción el día de reyes de 1766, José Gaspar de Francia, quien un día había de nominarse "Supremo Dictador de la República del Paraguay" llegar a ser el hombre fuerte de su país, y llamar sobre su vida la atención de Tomás Carlyle y de Benjamín Constant. Amado, temido y odiado, José Gaspar se salió de los cauces por donde suelen discurrir la generalidad de las gentes, que solo buscan en sus vidas dinero o bienestar. A los 19 años se doctoró en teología en la Universidad Argentina de Córdoba, fue luego abogado eminente y se mantuvo célibe de por vida. Dentro del enorme caudal de literatura escrita en pro o en contra del "Doctor Francia", hemos querido traer

en sus expresiones. No imita a nadie y nadie puede imitarlo. Si los dictadores son siempre amigos de luchas y de guerras, él es hondamente pacifista. Si los políticos buscan el mando para saciar ambiciones, de ostentaciones, de dinero, de vicios o de glorias, él solo ama el poder por el poder mismo: no cobra su sueldo, vive pobre como su pueblo, no tiene amigos, ni amantes, ni bufones" (6).

Cabe también anotar que Francia, al contrario de los dictadores, no salió de las filas del ejército sino que fue electo con ocasión del movimiento independiente paraguayo, consumado en la noche del 14 al 15 de mayo de 1811 cuando se le nombró para integrar una Junta. Desde entonces detentó el poder, con los títulos de Cónsul o Dictador —obsérvese su apasionamiento por los títulos políticos de la Antigua Roma— denotando un carácter de misántropo neurótico, que no se dió a la obsesión religiosa, pues en más de una vez se mostró contrario a sus prácticas.

En lo político practicó el sistema de puertas cerradas y aislamiento absoluto, lo que originó que algunos autores adversos, llegaran a considerar por entonces al Paraguay como la "China Americana" (7). En lo económico su sistema fue el preconizar la autarquía durante los 27 años en que omnímodamente rigió los destinos del Paraguay. Aduanas y retenes garantizaban el completo aislamiento en que



ora déspota; anotan sus biógrafos, que aún después de muerto cuando se nombraba "el finado", las personas se descubrían y se ponían de pie, revelando temor o a lo menos reverencia. Por ocho años mantuvo retenido en el Paraguay al científico francés Amado Bompland, y lo liberó cuando así lo tuvo a bien, sin ceder ante las amenazas de Simón Bolívar ni dignarse recibir a un emisario personal de Antonio José de Sucre (8).

Debe anotarse a Francia, una curiosa medida, bien propia de su singular manera de ser: prohibió la educación superior, al mismo tiempo que hizo obligatoria la enseñanza primaria. Así se dió el caso de que en un momento determinado casi no existían personas analfabetas, pero re-

un hombre de cultura superior, salvo casos excepcionales.

Estimuló el progreso del ejército, pero jamás permitió a sus jefes ostentar grados superiores, quizás por temor a una conjura militar.

Muerto Francia, a los 74 años —20 de septiembre de 1840— y desaparecidos sus restos del templo de la Asunción, por obra de sus amigos, o de sus enemigos, surgió en la escena guaraní el gobierno de Carlos Antonio López, luego del breve interregno de dos Juntas. Bajo la gestión paternalista de López, el Paraguay dió un salto considerable hacia el progreso material y cultural. Al fallecer, fue el sucesor su hijo Francisco Solano López, quien ya había cumplido con antelación encargos diplomáticos y militares de su padre ante gobiernos eu-

El mariscal Solano López.

Amado por su pueblo, criticado acremente por tres gobiernos y admirado por casi todo un continente, se presenta ahora ante América la figura de Francisco Solano López. Quienes le juzgaban un bárbaro, deben hoy ceder ante el juicio imparcial de la historia que, frente a una política de honesto revisionismo, reconoce sus conocimientos de matemáticas superiores, idiomas portugués, inglés, francés y latín, además de español y guaraní. Quienes le atribuían desmedidas ambiciones económicas, deben reconocer que al aceptar la presidencia de la república, renunció a toda remuneración por tal cargo. Solano, llegó al poder por elección popular, y cuando se le tacha de haberse dedicado desde un principio únicamente a acariciar una política militarista, debe recordarse que estimuló la educación y la agricultura y que introdujo —el primero en América del Sur— las comunicaciones telegráficas a su país. Confrontadas las opiniones contradictorias de Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi —ambos argentinos— sobre Solano, nos cabe buscar un justo medio, para no dar al mandatario paraguayo los calificativos de demonio o de ángel, como cada pensador quiere pintarlo sino el de hombre, un hombre ciertamente fuera de lo común —con todas sus virtudes y defectos— que soñó, luchó y murió de buena fe para la grandeza de su nacionalidad.

Suscitadas en el Paraguay contro-

Brasil, Paraguay dió también su apoyo a una facción. Al hacerse manifiesta una "invasión brasileña al Uruguay", dice Vasconcellos (9) el 12 de octubre de 1864, Solano López determinó la confiscación del barco "Marqués de Olinda" de bandera brasileña, hecho que originó la iniciación de hostilidades entre el Imperio del Brasil y la República del Paraguay. En marzo del año siguiente, la Argentina que había permitido antes el tránsito de naves de guerra brasileñas por aguas fluviales de su territorio, negó el paso de tropas paraguayas lo que, agregando a otras razones menores, ocasionó una declaratoria formal de guerra del Congreso paraguayo contra la Argentina.

La "Cuñata" de Irlanda.

Esposa del médico francés, Monsieur de Quatrefages, de 19 años, irlandesa y linda, fue la imagen que Francisco Solano López, Ministro Plenipotenciario del Paraguay, tuvo ante sí un día de 1853 en la estación parisiense de San Lázaro (10). Tentado el suramericano por la curiosidad, logró hacerse presentar a la dama que por entonces hacía impacto en los salones del imperio, se enteró de su nombre: Elisa Alicia Lynch, de su condición de separada, y al poco tiempo comenzó para la irlandesa y el americano la más extraordinaria aventura, en donde la muerte sería la única razón capaz de separarlos. Históricamente controvertida la señora Lynch fue por el

segundo imperio y que labró las desgracias del pueblo paraguayo, y para otros una mujer de férrea voluntad, capaz de los mayores renunciamentos, que fue hasta el Paraguay tras los pasos de su amante y —valiente y bella— siguió por 5 años los estandartes del Paraguay de batalla en batalla hasta el aniquilamiento total de sus soldados. Siguió la amazona los caminos paraguayos, durante los fatales cinco años de la guerra y se dice que viajaba en un coche, acompañada de su hijo mayor el coronel Francisco López —de solo quince años de edad— cuando una patrulla brasileña les intimó rendición, a lo cual se negó el coronel niño, quien inmediatamente pagó con su vida tal acción. Elisa Alicia, luego del desastre final de Cerro Corá, juntó los despojos mutilados de padre e hijo para darles sepultura conjunta y luego marchó hacia Europa, llevando consigo a la primera aman-

te del mariscal y a sus hijos supervivientes, entre las lágrimas afectuosas de las mujeres del pueblo y el odio sin límites de las damas de sociedad.

Se dice que, no obstante los padecimientos, hasta el final de sus días conservó Elisa Lynch los ojos grises, el rostro ovalado, los labios abultados, y la belleza y distinción de juventud, características que bien distaban de señalar el "monstruo del Paraguay", como quisieron hacer creer sus enemigos. A los cincuenta y cinco años de edad murió en París, sus despojos fueron inicialmente a la fosa común en el cementerio de Père-Lachaise y posteriormente —en el año de 1961— se llevaron al Paraguay, la Patria adoptiva tan cercana a su corazón. De todos los testimonios, innumerables por cierto, que han querido presentar a la Lynch como una aventurera internacional, maliciosa y sedienta de sangre y de poder, o como heroína de más



noble personalidad, solamente reconocemos el que un observador imparcial, el general Mac Mahon, Ministro de los Estados Unidos en Paraguay, rindió a su regreso ante el cuerpo legislativo de su país, precisando lo falso de quienes la acusaban "de toda clase de inmoralidades", "de ser cruel", de cometer atrocidades inauditas y de todo el mal que pueda decirse de una mujer". No obstante, parece que la realidad sobre aquella mujer apasionada en el amor, elegante en la recepción, resignada en la desgracia, y valiente en el combate, ha de formar siempre parte de la leyenda, en esa tierra de mítico embrujo guaraní.

Un quinquenio de heroísmo.

Iniciadas las hostilidades, Paraguay tomó la iniciativa en las montañas de Matto Grosso y Corrientes, pero bien pronto la fuerza, la maquinaria bélica de Argentina, Brasil y Uruguay, unidas por el pacto de la "Triple Alianza", contó más en el tablero de la guerra sobre el teatro del Plata, y solo la extraordinaria capacidad combativa de los paraguayos logró permitir su supervivencia durante cinco largos años, comprendidos de 1864 a 1870.

Una idea sobre la magnitud de sacrificios que entrañó la guerra para el pueblo guaraní, nos la permite establecer Eliseo Reclús, en su "Nueva Geografía Universal", así: "El Paraguay contaba en la época de la guerra con 1.337.439 habitantes". Más tarde, anota que el censo realizado después de la guerra arrojó un total de

rigurosa estadística, la desaparición de las cuatro quintas partes de la población, como bien lo señala el aludido autor.

El historiador brasileño Joaquín Nabuco, en "La guerra del Paraguay", acredita así el valor paraguayo: "Solo el esfuerzo del Paraguay se puede calificar de grandioso y sublime. Toda la raza paraguaya, casi sin excepción hizo de la guerra el problema capital de su existencia, sobreponiéndole a cualquier otro interés —fue el sacrificio deliberado de todo aquello que cada ciudadano estimaba en algo vida, riqueza, bienestar, afectos, familia. Semejante sentimiento, tan absoluto e imperioso, antójase sobrehumano" (11).

Se dice que cuando ya se hallaban diezmados los hombres, las armas paraguayas fueron empuñadas por ancianos, mujeres y niños, y en el combate de Piribebuy agosto de 1869 las trincheras guaraníes fueron defendidas por mujeres armadas con sables y fusiles. Agrupaciones de muchachos imberbes, o que se pintaban barba a fin de parecer mayores, se oponían a la marcha de las columnas invasoras. Armados solamente con cañas aguzadas y conociendo palmo a palmo su territorio, presentaron a brasileños, argentinos y uruguayos, una resistencia de guerrillas casi sin precedente en América. Los abanderados destruían sus banderas con los dientes antes de que estas cayesen en poder del enemigo; los heridos de gravedad preferían abrirse sus vendajes para morir, en

en la batalla de Lomas Valentinas, más de quinientas mujeres paraguayas, acaudilladas por Elisa Lynch, y seguidas por Ramona Martínez —una niña de quince años— se adueñaron de las armas de los caídos para detener el avance de la infantería brasileña (12). Pero la bravura paraguaya, que había tenido la osadía de atacar acorazados brasileños desde frágiles grupos de canoas, apareadas de dos en dos, fue cediendo lentamente el terreno y emprendiendo la retirada hacia el interior. Una marcha trágica en donde, sin alimentos y sin distinción de sexos ni edades, todos seguían a su presidente hacia las áreas desérticas de la zona central. "Tras cinco años de lucha encarnizada, desnudos y comiendo cuero duro o sin comer nada, dimos las últimas batallas", afirma un testigo presencial (13).

El general norteamericano Martin T. Mac Mahon, escribió en 1870, en el "Harpers New Monthly Magazine", sobre la retirada paraguaya: "en la orilla opuesta montamos a caballo en medio de la misma hilera de fatigados heridos cuyos rostros doloridos era penoso observar. En cada pequeño arroyo del camino los veíamos lavar sus abiertas heridas, y a uno que otro, sintiéndose próximo su fin, disponerse a dormir el último sueño, yaciendo silenciosamente en el suelo como si fuese, para un paraguayo, la cosa más natural del mundo acostarse a morir sin llamar la atención de nadie".

Pero esa marcha de heroísmo y muerte habría de concluir el 19 de marzo

enfermos, encabezados por su presidente, hicieron frente en Cerro Corá a 4500 enemigos. Y fue este el epílogo de la epopeya del Paraguay, pues de tal combate solo quedaron los cadáveres y una tradición de heroísmo continental, sobre la cual la pluma del argentino Goycochea Menéndez, plasmó esta página admirable: "En medio de la calma de aquella noche de marzo, el mariscal revistaba su ejército. Como una vaga pincelada blanca se perfilan las líneas de los cuerpos, prolongándose en la penumbra triste y suave, llena de rumores, en los cuales parecía desleirse toda la melancolía de las almas y de las cosas. ¡Soldados del 14! dijo el mariscal ¡Cuatro pasos al frente—! Y avanzaron quince hombres, semidesnudos con el fusil terciado, la frente altiva. (.). Cuatro hombres se destacaron de la línea. No quedaban más. Aquellos cuatro hombres se perfilaban entre la noche, firmes, solemnes, rígidos. ¡Soldados del 46! Continúo el mariscal. Y avanzó una sola sombra. Algo inmenso flotaba sobre ella. Ese hombre llevaba la bandera. ¡Soldados del 40, a la orden de revista! mandó aquel amo de pueblos. Y solo le respondió la noche, con los vagos sollozos de la selva "... " (14).

Solidaridad de Colombia.

La muerte del Presidente Solano López, a la cabeza de su pueblo, conmovió a toda América, y Colombia plasmó su más franca admiración hacia los héroes del Paraguay en la Ley

"Ley 78, en honor del pueblo paraguayo y en memoria de su Presidente, el Mariscal Francisco Solano López, El Congreso de los Estados Unidos de Colombia,

DECRETA:

Artículo 1º — El Congreso de Colombia admira la resistencia patriótica y heroica opuesta por el pueblo del Paraguay a los Aliados, que combinaron sus fuerzas y recursos poderosos para avasallar a esa república, débil por el número de sus ciudadanos y por la extensión de sus elementos materiales, pero tan respetable por el vigor de su sentimiento y acción, que todo lo que hay de noble en el mundo contempla su grandeza, lamenta su desgracia y le ofrece vivas simpatías.

Artículo 2º — El Congreso de Colombia participa del dolor que, en los paraguayos amigos de su patria, ha producido la muerte del Mariscal Francisco Solano López, cuyo valor y perseverancia indomables, puestos al servicio de la independencia del Paraguay, le han dado un lugar distinguido entre los héroes y hacen su memoria digna de ser recomendada a las generaciones futuras.

Dado en Bogotá, el 27 de junio de 1870. El Presidente del Senado de Plenipotenciarios, **Aníbal Correa**. El Presidente de la Cámara de Representantes, **J. del C. Rodríguez**. El Secretario del Senado de Plenipotenciarios, **Eustacio de la Torre N.** El Secretario de la Cámara de Representantes, **Jorge Isaacs**. El Secretario de Relaciones Exteriores, **Felipe Zapata**. Publíquese y Ejecútese, **Eustorgio Salgar**".

NOTAS

- (1) Carlos Zubizarreta, "Acuarelas Paraguayas". Ediciones Nizza, Buenos Aires, Tercera edición, 1959, pág. 130-134.
- (2) Zubizarreta, Op. cit. pág. 7.
- (3) Atilio García Mellid, "Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay", Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1963, Tomo I, págs. 51-64.
- (4) Zubizarreta, Op. cit. pág. 49
- (5) Víctor Natalicio Vasconcellos, "Lecciones de historia paraguaya", Asunción, Cuarta edición, 1966, pág. 90
- (6) Julio César Chaves, "El Supremo Dictador", Ediciones Atlas, Madrid, 1964, cuarta edición, pág. 19
- (7) Atilio García Mellid, Op. cit. Tomo I, pág. 215 y ss.
- (8) Julio César Chaves, Op. cit. pág. 391 y ss.
- (9) Víctor N. Vasconcellos. Op. cit. pág. 165 y ss.
- (10) Pedro F. Medina, "Recopilación de hechos de armas", Libro II, Asunción, 1963, pág. 60.
- (11) Joaquín Nabuco, "La guerra del Paraguay", Garnier hermanos editores, París 1901, págs. 230-231.
- (12) Atilio García, Op. cit. Tomo II. págs. 286-293.
- (13) Manuel Domínguez. "El alma de la raza". Edit. Ayacucho, Buenos Aires, 1946, pág. 38.
- (14) Víctor N. Vasconcellos. Op. cit. pág. 182.